

Cuentan que un día de Difuntos paseaban tres estudiantes borrachos por las afueras de una ciudad, después que habían estado de juerga. Acertaron a pasar delante de un cementerio, y les dio por entrar a burlarse de los muertos. Uno de los estudiantes tropezó con una calavera y los otros dos se echaron a reír. El que había tropezado, mirando a la calavera le dijo:

- ¡Pues no estás bonita ni ná! No te enfades, pelona, que esta noche te convidó a comer en mi casa.

Siguieron los estudiantes la juerga y no se volvieron a acordar del percance.

El que había tropezado con la calavera estaba durmiendo tranquilamente en su casa cuando se oyeron unos golpes tremendos en la puerta.

-¿Quién es? –preguntó el criado, que dormía en otra habitación. Y viendo que no contestaba nadie bajó a ver qué pasaba.

Como era noche cerrada, no pudo distinguir bien quién era. Pero éste le dijo:

- ¿Está el señorito en casa?

- Pues... depende.

- Dígale usted que está aquí el que convidó esta noche a cenar.

El criado fue a despertar al estudiante, que no daba crédito de la historia, pero aún así le dijo al criado que hiciera pasar al visitante.

Cuando estuvo dentro, vieron que el convidado era una estatua muy pálida. El señorito ordenó que le pusieran de cenar lo mejor de la casa: lechón y frutas de toda clase; pero la estatua no probó nada, y le dijo:

-Yo nada de esto puedo comer, pero he tenido mucho gusto en acudir a su casa. Ahora tengo el honor de convidarlo a usted a mi mesa, mañana, en el mismo sitio donde hoy nos hemos encontrado, y a la misma hora.

Al día siguiente el estudiante les contó a sus amigos lo que había pasado, y a todos les dio mucho miedo y dijeron que no irían más al cementerio. Sin embargo, él se las daba de valiente:

Pues yo sí que voy.

Así que aquella noche fue el estudiante al cementerio, y como iba solo ya empezó a darle un poco de miedo. Todavía más miedo le entró cuando vio que la puerta del cementerio se abría sola, y que dentro había una mesa con unos candelabros. En la punta de la mesa estaba aquel señor, la estatua, que le dijo:

- Siéntate.

El estudiante empezó a temblar y se sentó.

- Come, hombre, come –le dijo la estatua.

Pero todo lo que había en la mesa era un plato de ceniza. El estudiante lo miraba sin decir nada.

- ¿Qué te pasa? ¿Es que no tienes apetito?

Y el estudiante nada decía. Al cabo de un rato le dijo la estatua:

- Así aprenderás a no reírte de los muertos.

Por el momento te voy a dejar marchar. Anda, vete ya.

El estudiante se marchó corriendo. Pero al llegar a casa se puso muy enfermo y se metió en la cama. No duró ni dos días.

